

Juan Vicente Gómez contra Cipriano Castro es su manifestación política. La actitud de “armonía internacional” o de “puerta abierta” al capitalismo internacional es su expresión económica más resaltante. Y el carácter dominante de la renta petrolera es la fisura por la que se dan la modernización institucional–legislativa y las modificaciones sociales, mientras que el “cambio de timón”, la entrada de capitales extranjeros y la política petrolera orientaron la actividad diplomática desde y hacia Venezuela, a la cual el Primer Conflicto Interimperialista le asignó un valor especial por la “neutralidad progermánica” del gomecismo, que fue denunciado por Francia ante Estados Unidos.

Y la tercera parte (pp. 277–423) evalúa la particularidad que tuvieron las relaciones diplomáticas y económicas venezolano–francesas en el contexto de la primera postguerra mundial y la crisis del sistema capitalista de 1929–1930; adicionado este contexto con los procesos internos que acontecieron en ambos países (proyecto militar–armamentista de Francia, los fracasados proyectos petroleros de los franceses en Venezuela, la creación del ejército nacional venezolano, la insurgencia estudiantil y el episodio del “Falke” en nuestro país y la decadencia física y política del poder gomecista; por ejemplo).

Además del valor que este libro posee como aporte que los historiadores que lo consulten pueden establecer, tiene otro, adicional o complementario, que es el de contribuir a la comprensión de nuestro presente. Esto último, a nuestro parecer, se testimonia en las consideraciones que el autor hace con respecto a la clase criolla, de la que se deriva la clase dominante venezolana del siglo XIX (y de las primeras décadas del siglo XX, también) caudillista, en cuanto a que ella constituye una “clase social abortada” que no produjo, sino que acumuló riquezas, con lo cual no logró adquirir consciencia de sí, para dar origen a una “burguesía” y tuvo que convertirse en oligarquía (pp. 87–88). Ello, repetimos que a nuestro parecer, ilustra los intentos de comprender el “fracaso de las élites” en estos tiempos en los que agoniza el siglo XX, también dominado por la deuda externa y los llamados desesperados para la entrada de capitales foráneos, en los que las “clases dominantes” (a todos los niveles), aunque lleguen a llamarlas “burguesas”, siguen manteniendo ese carácter de “clase social abortada” que carece de auténtica “consciencia de sí”, acumuladora de riquezas que no ha producido y que se ajusta más, por tanto, a la categoría de “oligarquía”...

Miguel Angel Rodríguez Lorenzo.

Carlos González Batista.

Archivo Histórico de Coro: **Documentos para la Historia de las Antillas Neerlandesas (Fondo Registro Principal I)**, Coro, Universidad Nacional Experimental “Francisco de Miranda”: Centro de Investigaciones Históricas “Pedro Manuel Arcaya”–Decanato de Investigaciones–Dirección de Cultura, 1997; 328 pp.

Si nos fuese permitido re–escribir el mito griego de Heracles, en relación a los episodios de los doce trabajos que hubo de asumir, por recomendación del Oráculo de Delfos y

para purificarse, luego del matri–filicidio masivo cometido, bajo la dirección de Euristeo; nos aventuraríamos a decir que el semi–Dios que superó las duras pruebas que fueron: despojar de su piel al león de Nemea, decapitar en sus nueve cabezas a la hidra de Lerna, cazar el jabalí del Erimanto, flechar a las carnívoras aves del lago de Estínfalo, alcanzar después de un año de persecución a la cierva del monte Cerineo, desviar las aguas del Alfeo y el Peneo para limpiar los establos de Augias, capturar y cargar sobre sus hombros al toro de Creta, derrotar a las yeguas que comían carne humana para después darles a su dueño Diomedes como alimento, apoderarse del cinturón (ya que no del amor, por culpa de la diosa Hera) de Hipólita, la reina de las amazonas; adueñarse de los furiosos bueyes de Gerión, robar las manzanas de oro del jardín de las hijas de Atlante y Hésperis, las Hespérides e ir, ver, vencer a Cerbero y regresar del mundo infernal; sin embargo, no pudo liberarse de su servidumbre con Euristeo cuando éste le impuso un último trabajo, el décimo tercero: rescatar, preservar, ordenar, clasificar, divulgar, colocar en un espacio adecuado y dotarlo con el presupuesto, las condiciones y el personal adecuados y suficiente un archivo venezolano... Entonces Heracles se rindió a esperar que sus otros ochenta hijos crecieran, y con muchísimos más poderes que los suyos, pudiesen, algún día, realizar ese último e imposible trabajo... Así culminaríamos el relato de Heracles, si pudiésemos adaptarlo a un monte Olimpo vecino al Pico Bolívar...

Todo lo anterior porque, efectivamente, leer el Prólogo (pp. 7–31) y contemplar las fotografías en él insertas, con el que Carlos González Batista inicia este índice de documentos que reposan en el Archivo Histórico de Coro, es reencontrarnos con la tragedia que, cual Sísifo, carga el país desde sus inicios republicanos mismos, sin poder nunca poner fin a la lucha por preservar su memoria escrita... y de la cual somos partícipes y testigos. De hecho, la narración que hace González Batista de las peripecias (que aún no cesan) para arribar al centro de acopio documental que constituye el Archivo Histórico de Coro, no es nada de lo que desde siempre no hayamos oído y sobre lo que, acá en Mérida, Milagros Contreras Dávila podría escribir varios libros. Por eso, si bien no nos sorprendemos, tampoco podemos dejar de admirarnos con respecto a lo logrado en la capital del Estado Falcón, con el apoyo directo y activo de la Universidad “Francisco de Miranda”; pese a todos los obstáculos que tuvieron (y tienen) que enfrentar.

Y precisamente resultado de ese logro que es el Archivo Histórico de Coro, es este libro, primero de otros que están en proyecto de realización o esperando la luz editorial que los pondrán en las manos de los investigadores. Varias materias marcan los contenidos de las fuentes manuscritas e impresas que se encuentran bajo la custodia de ese Archivo coriano y Carlos González Batista los resume en ese tomo inaugural de la colección orientada a la difusión de los documentos que podrán ilustrar para el conocimiento de la historia de las Antillas holandesas y –por supuesto– de la Provincia de Coro y sus vecinos.

Allí, nos revela González Batista, abundan los documentos sobre compra–venta de esclavos, sobre las diversas migraciones que constantemente fluían en esa zona insular–

costera-marítima, sobre el comercio activo de cargas y embarcaciones entre Venezuela, Curaçao, Río Hacha y Puerto Cabello, sobre los robos incesantes que se producían como derivación de la intensa actividad comercial, sobre el insalvable contrabando de muy diversos bienes... y sobre la vida cotidiana, testimonios éstos que se pueden extraer de las causas criminales de las que conocieron los tribunales y la policía de Coro durante el siglo XIX (pp. 165-296).

Son, para nosotros, las causas criminales referidas en este libro, las más interesantes de su contenido; no sólo por nuestra posible pasión personal por el detalle, sino también porque allí, en la contienda diaria e intrascendente de los hombres y mujeres, es en donde sentimos que están los vínculos que atan nuestras cotidianidades a la condición humana de la que nos sentimos parte y que nos hace pertenecer a la dimensión sagrada de lo antiguo...

Cuando en enero de 1825 un grupo de mujeres son acusadas de haber injuriado a holandeses y judíos llamándolos ... "ladrones que han venido a robar a esta Provincia"... (p. 170), ésto no nos es desconocido, pues ya lo hemos escuchado decir, refiriéndose a portugueses, canarios, árabes e italianos, en nuestros días; tampoco nos asusta saber que en 1830, a raíz del robo de un almacén, una testigo dijo que había visto, aquella noche, merodeando por la esquina del lugar robado ... "soldados por el tipo de cinturón que usaban"... (p. 175), que en 1834 un hijo injurió a su padre públicamente (p. 176), que el mismo año un hombre en estado de ebriedad amenazó de muerte a una mujer (p. 181), de la pelea en 1873 entre dos mujeres luego de que una de ellas había golpeado en la calle a la hija de la otra (p. 273), de una demanda por incesto a dos hermanos en 1880 (p. 280), del incumplimiento de una promesa matrimonial un año después (idem) o de la acusación contra un viudo y jornalero de 70 años que en 1883 abusó de una niña de siete años (p. 282)... En fin: estos hechos del ayer dotados de la asombrosa contemporaneidad de la última página de cualquiera de nuestros periódicos de estos días finiseculares...

A esa historia menuda, violenta, ladina, de pequeñas mezquindades y de pasiones, también pertenecemos... y a Carlos González Batista (por compilar toda esa información documental y hacerla libro) y a Isaac López (por traer hasta nuestras manos lectoras el libro) les debemos el poder corroborar que formamos parte del género humano, no sólo por participar de su capacidad creativa y voluntad heroica; sino también -y sobre todo- por podernos reconocer en el lado oscuro del corazón, donde moran, escondidos y encadenados, los monstruos salvajes de las pasiones que, siempre que pueden, se escapan...

**Miguel Angel Rodríguez LorenZo.**

**Emeritense (Revista electrónica de Historia: <http://www.adm.ula.ve/emertense>).** Mérida, Universidad de Los Andes: Escuela de Historia/Consejo de Publicaciones/Librería Universitaria/Consejo de Desarrollo Científico, Humanístico y Tecnológico, No. 1 (Julio-Septiembre/1997). Director-Editor: F. Eduardo Osorio.

(Agradecemos a la Biblioteca Febres Cordero y a su Directora, Lic. Eglá Charmell Jameson, por habernos permitido tener acceso a este mundo infinito en posibilidades de la Web al que F. Eduardo Osorio nos abre la puerta e invita a entrar).

Lo confesamos de entrada: desde que se nos asomó la posibilidad de hacer esta reseña y hasta estas líneas, nos hemos movido "a gatas", pues el horizonte de Internet en el que F. Eduardo Osorio es pionero en explorar, entre nosotros, en esta forma concreta como Editor/Director, nos llena de dudas y titubeos y a cada paso que aventuramos allí, tememos caernos... por ello apenas con el recurso de la perplejidad nos alongamos a este desafío editorial en Historia que ha inaugurado, en nuestra Escuela de Historia, quien, allá por 1978, fue nuestro profesor de Historia de América IV.

Otra confesión: no sabemos si la referencia "editorial" que hicimos de Emeritense, en el encabezado de esta reseña, se ajusta a su particularidad.

Y una más: pese a las ventajas potenciales que encierra esta "revolución de las comunicaciones", nos permitimos dudar de ellas porque aquí, entre nosotros, en este querer ser y querer dejar de ser que somos, percibimos como más grandes los obstáculos que las facilidades para tener acceso a esa ventaja y revolución... Intentaremos aclarar ésto: no se trata apenas de las limitaciones que imponen los costos para participar del macrouniverso de Internet (Computador personal en exigencia constante de actualización y repotenciación, proveedor local, la sostenida necesidad de aprendizaje, puesto que incesantemente se modifican-perfeccionan los ambientes operativos y el drama desesperante de haber elaborado el artículo [por nombrar una posibilidad] en un programa compatible con el de otras computadoras donde pudiera imprimirse, pues el terror a la obsolescencia siempre está latente). A lo que queremos referirnos es al "ambiente" que, entre nosotros, rodea cualquier elemento "moderno" o "antiguo"... Señalaremos, al respecto, la situación de que, por ejemplo, en una dependencia, se coloquen seis... veinte... ochenta monitores gratuitos... para que cualquier usuario... en horario asequible... (poniendo como ideal tal situación hipotética) de todas maneras: el encargado de abrir la puerta de ese espacio del Tercer Milenio, en el que se colocarían los terminales de computadoras, no llega, lo hace tarde, se le pierde la llave o tiene una reunión en el Sindicato... Hay paro de transporte público y no es posible llegar a ese Edén futurista... Se daña el aparato y el técnico que se contrata (o con el que se cuenta como empleado de nómina) no puede repararlo porque está enfermo, porque tuvo que ir a El Tocuyo al "cabo de año" de la mamá o porque los repuestos necesarios para ello hay que traerlos de Estados Unidos y disponer de los dólares correspondientes requiere de un laberinto de trámites burocráticos y alcabalas contraloras y firmas... O más sencillamente: el flujo eléctrico falla hasta tres veces al día... En fin... que no es apenas ... "rechazo al cambio"... sino simple escepticismo.